

—Sí, hoy sí —respondió ella—. Pasa a recogerme a la oficina. Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también.

Colgó. Respiró profundamente y dibujó una larga sonrisa mientras contemplaba su vaporosa falda veraniega^a.

LA MUCHACHA HABÍA ingresado a la universidad y tenía diecisiete años.

Por la mañana había aspirado el aire reparando en la expansión de sus pulmones —no había ocurrido antes algo semejante—, por ello quizá sospechaba el desconcierto y la sorpresa mientras veía las partículas de polvo a través de la luz, esa luz que se deslizaba por el dormitorio, la primera luz en aquel día, el primer día. Hasta la mosca que zumbaba sobre su cabeza y sorteaba al peine que corría por su cabello daba saltos y se posaba, reflejándose en el espejo. ¿Antes no formaba la imagen reflejada? ¿Antes no estaba la mosca? La hubiera aplastado de un periodicozo y hubiera muerto y caído al piso. Con asco la habría empujado debajo de la cómoda y nunca más se hubiera acordado de ella. Pero ahora la veía revolotear y la miraba. La dejaba volar, blandamente, le perdonaba el zumbido. La dejaba. Como a sus piernas, que eran suaves, bronceadas y ahora las veía libres y bellas. Las reconocía, como a sus manos, sus brazos, su cuello. Como si su cuerpo, que ahora vestía, fuera otro cuerpo sobre el que se pudiera trazar planes y que se dejaría conducir adonde ella lo llevara. Esa sensación no la había experimentado antes.

En el desayuno fue amable y cordial con la familia, como si hubiera hecho la primera comunión o acabara de leer *El amante de Lady*

^a En el original el texto describe: «su vaporoso vestido veraniego».

Chatterley. La plenitud era la misma. Superior al día anterior, a todas las tardes, a todos los años pasados juntos.

Sintió que la trataban con respeto —¿admiración?—, como si fuera un día de cumpleaños en el que todas sus faltas serían perdonadas.

Al levantarse de la mesa corrió la silla y la colocó en su sitio con cuidado. Era diferente.

La casa olía a cera y las ventanas abiertas de la sala y el comedor dejaban ver arbustos y helechos que refrescaban el espacio agitando sus hojas al viento, como aquel jacarandá que, desde la calle, alto como un gigante, mecía sus ramajes cadenciosos cubriendo el paisaje con su sombra.

Era un día de verano en el mes de marzo. El sol ya no era fuerte. Se anunciaba el frío, las tardes húmedas: el otoño se estrenaba.

Se había organizado un almuerzo comprándose una enorme torta de crema chantilly y fresas, como ella había querido.

Los tíos y las tías fueron invitados.

La abuela estaba sentada en un sofá grande y cómodo y miraba a la muchacha con cierta desconfianza. No se hacía muchas ilusiones con aquella nieta un poco díscola y rebelde. Tampoco se las había hecho con aquellos hijos que ahora lucían, vanidosos, sus pequeñas glorias domésticas, esos nietos con el cabello recortado como cepillo y parado como cresta de gallo. Maricas y enclenques. Eso eran. En su época estarían celebrando matrimonios y nacimientos. No esas futilidades de estudiar en la universidad, como si las mujeres ya hubieran dejado de parir hijos o de darles el pecho.

El padre de la muchacha ordenó a la empleada de la casa que colocara las cervezas en el refrigerador. También tomarían *whisky*, porque el acontecimiento era significativo. Aquella muchacha había terminado siendo capaz, a pesar de sus bajas notas y su mala conducta escolar. Ahí llegaba su hermano Perico, gordo como estaba, con la

piel enrojecida y el cabello plateado. Pobre Perico. Sus hijos le habían resultado holgazanes.

Su hermana Elvira. La triste Elvira. Cinco hijos. Qué descuido el de su cuñado Roberto. ¿No conocerían los anticonceptivos? Ahora ni siquiera podían cambiar el carro viejo o mudarse de la incómoda casita de Lince.

Miró a sus hermanos y sintió satisfacción. Él había triunfado en cierta forma. De muchacho soñó con ser un abogado famoso, pero luego se conformó con tener un buen ingreso. Lo había logrado. Sus hijos habían pasado por la universidad, su mujer seguía siendo una buena ama de casa. ¿Qué más podía pedir? Sintió que ese día todos debían estar alegres. Hasta su mamá parecía estar de mejor humor que otros días. Pobre viejita, pensó, antes solía conversar mucho con ella, pero cada vez era más difícil. Se había vuelto terca, a la edad.

La muchacha de diecisiete años estaba ayudando a la madre, quien se disponía a repartir el aperitivo. Había colocado servilletas de papel y copitas en bandejas. La madre se había esmerado para que el menú fuese adecuado. Especialmente pensando en la vieja, que no podía comer picantes ni grasas y que siempre andaba quejándose de todo. Que a este arroz le falta sal, que esta sopa parece una mazamorra, por qué sirven frejoles si son tan pesados y producen gases. Que en lugar de gaseosas se sirva agua de melaza, que es más digestiva. Que si van a poner aguadito de pollo o escabeche. Qué antigua. Ella había dispuesto carnes frías y un pequeño bufet de pollo a la gelatina preparado en distintos moldes de variadas formas, redondos, cuadrados y rectangulares. Había elaborado salsas de mayonesa y cremas de nueces y perejil. Para los que lo desearan, papas, choclos y palmitos. También un plato caliente, un asado discreto y arroz. Para todos los gustos. Cada uno se serviría y así sería más cómodo para ella, que podría estar desplazándose por la sala, el comedor y el jardín sin preocuparse de nada. No podía confiar en la empleada, que era torpe. Ella era la anfitriona.

Intencionalmente se había acercado a solicitar a su cuñada Elvira que la ayudara. Era una forma de congraciarse con ella. Dos semanas atrás habían tenido una discusión acalorada. El motivo: ese sobrino de piel pálida y transparente con grandes ojos oblicuos, drogado, golpeando a sus hermanos y avergonzando a la madre. La culpa la tenía Elvira por no tener ingenio, tan blanda, tan desarreglada y vestida con ropa pasada de moda —ahora se había puesto unos zapatos de suela gruesa y taco cuadrado, qué espanto—, también era envidiosa y miraba la casa de reojo, preguntando por los precios de los artefactos nuevos o por el sueldo de la empleada. Y su concuñado Roberto, tan vulgar. Con las uñas mal recortadas y esa risa de idiota que habían heredado sus hijos. No le gustaban esos chicos, pero los toleraba. Finalmente, ella misma no tenía parientes, era hija única y aquella familia era un respaldo. Aunque mirándolo bien, qué familia. El único aceptable era Perico. Se había casado con una mujer fina que había colocado a sus hijos en buenos colegios, los vestía correctamente y seleccionaba a sus amistades.

Colocó unos ramitos de perejil adornando las fuentes.

—Tu mesa está muy bonita —dijo Elvira.

—Gracias. Quería que la celebración fuera especial —contestó ella—. Una mujer debe estudiar, ser independiente y, luego, casarse.

—Pero ahora que va a estudiar, no pensará en casarse —exclamó Elvira.

—Ah, no lo sé —respondió ella dibujando una sonrisita misteriosa—. Está saliendo mucho con nuestro vecino, el que vive en la esquina.

—¿El hijo del profesor? —preguntó Elvira asombrada.

—Así es —contestó ella—. Ya ha puesto su consultorio y está trabajando en la clínica con su papá.

—No debe pensar en casarse. Es muy mocosa —insistió Elvira.

Ella la miró fastidiada.

—No puedo decirte nada al respecto —terminó secamente y se dirigió hacia la cocina.

Elvira comió un pedazo de pollo remojado en salsa de nueces y pensó que estaba muy rico, aunque ella hubiera preferido comida criolla, que era más apetitosa que esas fuentecitas maltrechas de carne deshilachada y seca. Ese pollo dentro de la gelatina sin sabor tenía muy mal aspecto, ¿estaría fresco?, qué poca comida para tanta gente. Eran tacaños a pesar del dinero. ¿Estarían ahorrando? Seguro que sí y por ello con las justas habían hecho algunos pollitos y algunas salsas. ¿De qué se enorgullecían tanto? Cuando sus dos hijos ingresaron a la universidad ella no hizo ningún festejo. Les rapó el pelo y ellos jugaron carnavales con los muchachos de la quinta: por la noche les dio una propina para que se fueran al cine. Pero los estudios eran tan costosos, no había sido fácil pagarlos. Siendo los chicos tan jóvenes y con vitalidad, deberían trabajar y estudiar al mismo tiempo. Le daba pena decirles que el dinero no alcanzaba. Al final no lo hacía y ellos seguían estudiando sin preocupaciones. Terminarán pronto, se dijo más tranquila. Le descorazonaba verlos con aquellos *blue jeans* y las camisitas ajadas, pero ellos estaban contentos. Sí, se les veía contentos.

—Has adelgazado, Elvira —le dijo una voz a su espalda.

Era su cuñada, la esposa de su hermano Perico.

—Últimamente he estado enferma —contestó ella—. Es por la menopausia.

Su cuñada la miró seriamente.

—¿Estarás viendo al médico, Elvira? —preguntó con tono de alarma—. Tengo las referencias de uno que es maravilloso, parece que hace milagros.

—Oh, no es necesario, voy al Hospital del Empleado.

—Ah, pero, bueno, nunca es lo mismo.

Elvira se alzó de hombros.

—Para mí, todos los médicos son iguales —afirmó—. Si tuviera algo grave, consultaría a otros. Pero para la menopausia no creo necesitar ningún especialista.

Elvira observó que el vestido de su cuñada era algo transparente. Ella tan arregladita. Cualquier ropa le quedaba bien. Quizá porque estaba delgada y hacía gimnasia. Sin embargo, eran de la misma edad. Tal vez tendría tiempo para ella misma, para aquel cabello tan brillante y el cuello tieso. Sí, era una mujer tiesa.

Los muchachos se habían apoderado de la terraza, habían puesto música y hablaban casi a gritos. Todos parecían eufóricos. La agasajada invitó a los primos a comer porque ella misma tenía hambre, tenía calor y habría preferido estar en la playa con sus amigas o tomando algunas cervezas en el bar de la vuelta. Desde ese día en adelante ella pensaría bien antes de aceptar los ofrecimientos de la familia. Veía a todos sus primos y primas como pequeños seres. Se deshacían. Se escurrían. Se deslizaban. Ellos no tenían sus preocupaciones. Tan importantes. Se decidía su vida. Buscaría una ocupación, viviría sola o con un amigo, visitaría a la familia de vez en cuando. La juzgarían, la dejarían hacer, la envidiarían. Era diferente.

La homenajuada se acercó a brindar con la abuela, que estaba sentada, solitaria, en la sala.

—Abuela —le dijo acercándose, en voz alta para que escuchasen todos—. Vamos a brindar contigo.

El padre, complacido, pidió a todos que brindaran juntos, aun a pesar de que ya se habían servido en los platos y se comía en la terraza y en el jardín.

—¿Para qué? —le contestó la abuela—. Yo lo que tengo es hambre y no puedo levantarme de este sofá. Nadie me ha traído la comida —contestó refunfuñando.

—Cómo es posible— exclamó la anfitriona desde la terraza con voz cansada.

La abuela tomó un sorbo de pisco y quedó en silencio. Después abrió la boca y habló mostrando su dentadura postiza.

—Todo esto es un gasto inútil. ¡Una imbecilidad!

Los jóvenes se rieron al escucharla. El hijo mayor dejó el plato de comida sobre la mesa.

—¡Mamá! —le pidió con voz lastimera—. Todos estábamos contentos.

La muchacha de diecisiete años, que era la agasajada y tenía ciertos privilegios, podía darse el lujo de solicitar asuntos que en otras circunstancias no hubiera solicitado.

—Abuela, ¿qué quieres hacer? —le preguntó en voz baja—. ¿Quieres subir a tu cuarto?

—Es mejor que se vaya —contestó la madre, que había escuchado—. Que descanse después de comer —continuó, mirando de soslayo a su marido, quien estaba conversando y no había reparado en aquel último intercambio de palabras.

—Llévatela a su cuarto —le dijo la madre a la hija en un susurro—. Ha estado mucho tiempo aquí sentada y debe estar aburrida.

—Pero ella todavía no ha contestado, mamá —continuó la hija—. Abuela, ¿quieres ir a tu cuarto?

—¡No! —respondió la abuela—. Quiero comer aquí.

La madre hizo un mohín de disgusto y le colocó el plato sobre las rodillas. La anciana se llevó lentamente la comida hacia la boca y masticó.

—Esto no sabe a nada —comentó—. Parece comida de hospital. ¿Ya no se usa sal en esta casa?

La madre se retiró furiosa mientras pensaba que la vieja empezaría a ensuciarse y derramaría todo sobre la alfombra recién lavada.

—Si quieres, abuelita, yo te doy la comida —le dijo la nieta.

La vieja no contestó pero dejó que le diera de comer. La nieta quería mucho a la abuela aunque no lo demostrara con frecuencia.

—Aquí los hombres son idiotas y las mujeres hacen lo que les da la gana —masculló la anciana—. Esta casa está de cabeza. Tu padre es un borrico y tu madre, una buena para nada que solo se ocupa de pintarse las uñas.

—Abuela, no digas eso.

—Tú harías mejor en callarte. Vas a terminar igual que la mujer de mi hijo Perico, mírala.

—Abuela, te van a escuchar.

—Esa mujer flaca que no sabe ni reconocer un huevo podrido o hacer un buen arroz graneado. Y sus hijos, unos débiles mentales. Pero no, tú eres inteligente —exclamó la abuela, condescendiente, y un hilillo de salsa resbaló por su barbilla y cayó sobre la alfombra.

Cuando la abuela terminó de comer, pidió que la llevaran a los altos. Era la hora en que veía llegar esa exaltación perturbada y familiar que surgía entre las risitas y el alcohol y que a ella solo le producía hastío y fatiga.

—Incapaces —alcanzó a decir mientras subía penosamente las escaleras, ayudada por su nieta—. ¡Incapaces! —gritó desde lo alto. Pero nadie la escuchó en el primer piso.

El padre estaba ya un poco ebrio. Hablaba con la voz muy alta y todos le oían en silencio mientras seguían comiendo.

—Modernizaré el estudio. He pensado en acomodar una de las oficinas para que practique mi hija ahora que habrá otro abogado en la familia —exclamó mirándola con regocijo. Ella había regresado y se había sentado en una esquina.

La muchacha había bebido y sentía un leve sopor y un devaneo que se fundía en los linderos del sueño y el cansancio. Veía cómo la hiedra

que ascendía sobre la pared en frente de ella rodeaba a un pequeño tronco verde, desafiante, que se erguía encima del macetero de cemento.

—Uno de los errores que cometí cuando era un abogado joven fue no haber tenido una práctica consistente. Esa limitación la corregirá mi hija fácilmente. Tendrá una práctica desde ahora —rio entusiasta.

La hiedra era tenaz. Había arrojado pequeñas lengüetas largas de hojas verdes y venas blancas que se enroscaban en la base de las yemas jóvenes del tronco.

—Espera, hija, espera —exclamó dirigiéndose de nuevo a la muchacha—. Ahora no quería decírtelo, pero ya que toda la familia está reunida, y como un aliciente que a veces los padres tenemos que dar a los hijos que nos dan satisfacciones, voy a decirte que es posible que este año adquiera un carro nuevo. Tú pasarás a usar el antiguo, que está en muy buen estado.

Aquellos ramajes invasivos daban la vuelta completa tapizando todas las superficies, avanzando, asfixiando, apropiándose del aire y de la luz.

—Lo he pensado bien. Apenas tengas edad, sacas tu brevete y así podrás movilizarte cómodamente entre la universidad, el estudio y la casa.

El tronco verde se replegaba.

—Por lo pronto, aquí ya he conversado con Perico, y vamos a hacernos cargo del frigorífico, y ese va a ser uno de tus primeros casos, muchacha. Lo llevaremos juntos. El padre y la hija trabajando juntos —siguió, y sus orejas ya estaban coloradas y transpiraba.

La madre había estado contemplando la escena con la frente arrugada.

—Pero ella debe tener tiempo para salir con sus amigos —exclamó—. Es todavía una mocosita. ¿Cómo se las va a pasar estudiando y trabajando todo el día?

No respiraría. Algunas ramas tenues y delicadas que nacían, vivificantes, al compás de la savia y la vida, tornaban de color, volvíanse amarillas y frágiles, abandonaban el brillo ingenuo de la hierba y mostraban, derrotadas, los tallos débiles y quebrados.

—No se va a convertir en una solterona —continuó protestando la madre—. Está en toda la edad de conocer muchachos, para que pueda elegir bien.

La hiedra era una ola antigua y desbocada en un mar sin límites que ahogaba, que arrasaba; el tronco verde se secaba, se vencía.

—Eso sí —intervino la esposa del tío Perico—. Disculpen que yo me meta, pero si no aprovecha en estos años la juventud, se va a terminar casando con cualquiera. Las mujeres tenemos una edad para cada cosa.

—Mi hija ya tiene enamorado —afirmó la madre, sonriendo.

—Me parece estupendo —dijo la esposa del tío Perico—. Yo a su edad ya estaba de novia y me casé tres años después.

—Yo preferiría que te casaras cuando terminaras de estudiar —señaló el padre—. Como tienes el trabajo asegurado, incluso podrías empezar a tener hijos muy joven. Pero siempre después de tener un título —sentenció.

—Eso es una tontería —contestó la madre—. Las muchachas casadas siguen estudiando.

—Es una suerte poder trabajar desde ahora —comentó Elvira.

Doblado por el peso de la hiedra, reducido de tamaño, absorbido y raquítico, endeble en su plenitud desposeída, arrollado en las ramas que envejecían sus canales y sus venas, sus conductos y sus fuerzas, perdía la tonicidad de la vida, perecería.

—Al final —dijo de pronto el tío Perico, debatiéndose con su enorme humanidad, trastabillando bajo el influjo del trago, ora balanceándose, ora balbuceando—, tendrá unas buenas, muy buenas piernas.

Protestaron. El carro y el trabajo eran una buena contribución. El muchacho tendría que aportar algo, no una casa por supuesto, no era necesario. Si las cosas no iban bien, hasta podrían vivir con sus padres durante un tiempo. Les habilitarían un pequeño departamento en el jardín de la casa; después de todo, era inmenso.

La muchacha pidió disculpas, quería ir a ver a la abuela. ¿Cómo? ¿Tan pronto? Quería ver si ya se había dormido.

La chica subió rápidamente las escaleras y empujó la puerta. La anciana estaba recostada en una silla, contemplando a través de la ventana el jacarandá enorme, que dejaba caer indolentes las flores lilas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la abuela.

La muchacha se asomó por la ventana. La calle estaba desierta y las bancas del parque lucían, desnudas, su abandono.

—Prefiero estar contigo, abuela.

—¡Ja! —rio la anciana con una mueca.

La muchacha volvió la cabeza hacia el parque. Afuera, el color púrpura del atardecer siguió cayendo sobre los automóviles estacionados delante de la casa. Ella sintió la vibración del aire entre las hojas y las plantas. También escuchó, lejanamente, que la llamaban para partir la torta.

No bajó aquella tarde.

Cuando oscureció y ya todos se habían retirado, regresó a la sala y se tendió en el alféizar de la ventana mirando la luna blanca y redonda en medio del universo negro.